

san Silvestre, no creyó prudente proibir de una vez el culto pagano, apoyado todavía tenazmente por el Senado, el colegio de sacerdotes y aun el pueblo bajo. La proscripción instantánea del falso é inmoral culto podria llevar en pos de sí grandes complicaciones que quiso evitar en la persuasión de que la obra de Dios progresaria, y que las estatuas de los ídolos, que ya desde la predicación de san Pedro se bamboleaban sobre sus pedestales, caerian para no levantarse mas, y sobre sus ruinas se erigirian templos suntuosos á aquel Dios que por su inmensidad todo lo ocupa y que es dueño absoluto del cielo y de la tierra.

Las liberalidades del famoso hijo de santa Elena para con la Iglesia fueron extraordinarias, si bien no pudieron extenderse hasta dar al Papa la soberanía de Roma. Él trasladó su residencia á Bizancio, pero la ciudad verdaderamente imperial conservó su título, primacía y sus privilegios todos. Es indudable que el virtuoso y agradecido Emperador, hubiera querido hacer al Jefe supremo de la Religión completamente independiente concediéndole el principado civil de la ciudad que era señora de las naciones. Sus ejércitos se hubiesen sublevado contra él, y es muy probable que Constantino hubiese perdido el trono sin que la Iglesia hubiese ganado otra cosa que tomar nuevamente el camino de las catacumbas.

Avancemos otro paso. Constante, el hijo de Constantino, manifestó grandes propensiones al arrianismo, suficiente razón para que no debamos extrañar el que no pensara en hacer concesiones al Pontífice. Juliano, conocido por el *Apóstata*, apenas se vió poseedor de la suprema dignidad del Estado, se propuso á todo trance acabar con el Cristianismo, y tales fueron los medios que puso en práctica, que hubiera conseguido su objeto á haber sido obra de los hombres. Mandó abrir los templos de los ídolos, restableciendo todos los antiguos sacrificios y observancias, pretendiendo que le fuese borrado el bautismo que había recibido, sirviéndose para ello de las mas extravagantes ceremonias idolátricas, y se hizo iniciar sacerdote de Apolo, que era su dios predilecto. Entre otros mil excesos consignados en los fastos de la historia de la Iglesia, podemos señalar el de haber publicado una ley que excluía á los cristianos de todo destino en la magistratura. Pareciéndole poco todo cuanto hacia en contra de la Iglesia, se propuso hacer el último y mas desesperado esfuerzo. Conocedor de las profecías que anunciaban la destrucción del templo de Jerusalem, y de que JESUCRISTO había asegurado que no quedaria de él piedra sobre piedra, se propuso reedificarle, no porque quisiese favorecer á los judíos, sino para hacer ver que JESUCRISTO había sido un impostor, no logrando otra cosa sino hacer arrancar hasta la última piedra de los cimientos, pues por medios maravillosos evitó el Señor que pudiese ni aun empezar la edificación, lo que fue causa de la conversión al Catolicismo de un gran número de judíos y de idólatras. Véase, pues, cuál podia ser el estado de la Iglesia durante el imperio de ese príncipe retórico y sofista que empleó su sátira en ridiculizar al gran Constantino, á ese emperador suscitado por la Providencia para dar la paz á la Iglesia. Época de terrores, tampoco los Papas podian haber ceñido la corona real, bien que entonces habia en el mundo muy pocas coronas de rey; la Eu-

ropa pasaba por una crisis suprema. Joviano sucedió al miserable apóstata Juliano, y entonces la Iglesia pudo respirar con tranquilidad.

Joviano amaba extraordinariamente á la religión cristiana. Sus bellas cualidades, su valor muchas veces probado en los combates le granjearon la estimación general, y esto dió lugar á la unanimidad de pareceres para elevarle de un grado no superior de la milicia á la suprema dignidad del Estado. En el momento de ser aclamado, sube revestido de púrpura al trono que le habian levantado frente al ejército, y con cristiana franqueza, con su natural valor, con toda la energía de su carácter, exclama: *Yo soy cristiano, señores, y no puedo mandar á los soldados de Juliano si permanecen en sus errores. Un ejército abandonado del solo Dios verdadero y poderoso no podrá menos de ser vencido por los bárbaros.* Los soldados, que le amaban extraordinariamente, exclamaron en seguida: *Nada temais, señor, pues habeis de saber que estais al frente de soldados cristianos. Los mas viejos de entre nosotros fueron instruidos por el gran Constantino, y los demás por sus hijos. Juliano reinó muy poco tiempo para poder arraigar la incredulidad.*

Entonces empezaron dias verdaderamente felices para la Iglesia. Devolvióse á los templos cuanto se les habia usurpado: los cristianos, despojados por Juliano de toda clase de derechos, volvieron á ser reconocidos como ciudadanos, siendo protegidos en toda la extensión del imperio. Este estado de quietud no fue duradero, á causa de la prematura muerte de Joviano, acaecida cuando solo contaba treinta y dos años de edad, y cuando no habia cumplido uno de su elevación al trono.

Si fijamos la vista en Teodosio el Grande, vemos que hizo cuanto pudo con extinguir de una vez el paganismo. El poder romano se hallaba seriamente amenazado por los bárbaros, y la segregación de Roma en favor del Pontífice hubiera sido una medida impolítica que hubiese aumentado las complicaciones. Despues la división del imperio hecha por el mismo Teodosio en favor de sus hijos hizo mas difícil el establecimiento de la soberanía temporal del romano Pontífice.

Mas tarde llegan las invasiones de los godos, vándalos, alanos, hunos y otras muchedumbres de bárbaros que comenzaron á asolar la Italia causando estragos y desolaciones por doquiera que pasaban. La historia de la Iglesia recuerda con gloria lo que debió Roma al papa san Leon cuando fue amenazada por el feroz Átila. Aquella ciudad, reputada ya por santa por contener los restos mortales de los santos apóstoles Pedro y Pablo y por hallarse en ella establecida la Silla apostólica, hubiera sido seguramente invadida á no ser por la energía y valor del Papa san Leon que, revestido con sus ornamentos pontificales y llevando el báculo pastoral en la mano, sale á la puerta de la ciudad para rechazar al invasor que aturdido y confuso se retira por haber visto al lado del Pontífice al mismo san Pedro con una espada en la mano en actitud amenazadora.

Íbase ya comprendiendo toda la influencia del Jefe supremo de la Religión. El colosal imperio de los césares cayó, y sobre sus ruinas empezaron á formarse y robustecerse las nuevas monarquías. Los pueblos, entregados en su mayor parte á la

anarquía, fijaban la vista en el Vicario de JESUCRISTO y demandaban su proteccion: los nuevos monarcas le pedian consejos y los aceptaban con la mejor voluntad, y en esto se descubre el principio de la autoridad temporal, robustecida y extendida por Pepino y Carlomagno.

Para que el Papa viniera á ser rey era necesario que fuese aniquilado por completo el poder de los lombardos, y Dios dispuso que esto sucediese, como asimismo que fuesen reducidas á la impotencia las pretensiones del imperio griego.

El rey lombardo Luitprando se propuso sacar ventaja de los trastornos ocurridos en Italia con motivo de la herejía de los *iconoclastas*, y queriendo avasallar al Papa dirigió algunas fuerzas contra Roma: estas lucharon con las del Emperador, consiguiendo el triunfo, y lograron apoderarse del ducado de Roma. La capital de la metrópoli no fue invadida, merced á los esfuerzos del Papa, que pudo negociar una paz con el rey lombardo. Muerto Luitprando, su sucesor Astolfo, impulsado por su ambicion, se hizo dueño del Exarcado y de la Pentápolis, sin que pudieran evitarlo los griegos que carecian de fuerzas suficientes para la resistencia. Conseguido este triunfo, determinó atacar seriamente á Roma. En vano el sucesor de Pedro pide socorro á Constantinopla: sus ruegos no son escuchados, y al verse solo y abandonado recurre al rey de los francos, Pepino, el cual mira como un deber sagrado atender al llamamiento del Padre comun de los fieles. Lleno de intrepidez acude con sus soldados en defensa de Roma, ataca al lombardo, le vence, y le obliga á entregar en seguida el territorio que antes fuera del imperio junto con el Exarcado y la Pentápolis.

El emperador griego pide al rey *franco* que le haga entrega de las ciudades que habia conquistado á los lombardos, pero recibe esta enérgica contestacion: «El derecho de los lombardos sobre el Exarcado y la Pentápolis es el de la conquista, bien así como el de los francos sobre la Galia, y el del imperio sobre todos los países que estuvo poseyendo. Este derecho lo he ganado yo con la victoria; los francos no han derramado su sangre por los griegos, sino por san Pedro y por la salvación de sus almas. Á la Santa Sede prometí el fruto de mis esfuerzos y no hay tesoros en la tierra para hacerme quebrantar mi palabra.» En efecto, fiel á su promesa, entregó en pleno señorío á la Iglesia, esto es, al papa Estéban III, veinte y dos ciudades, cuyas llaves le presentó el abad Fulrado. Los nombres de estas poblaciones son: Ravenna, Rimini, Pésaro, Jano, Cesena, Sinigaglia, Jesi, Forminpopoli, Forli, Castrocaro, Monte-Feltro, Averagio, Nocera, Serravalle, San Marino, Boffio, Urbino, Cagli, Lucutti, Guffio, Comacchio y Narni. Con esta donacion se extendió el poder temporal de los Soberanos Pontífices, empezando entonces su dominio absoluto en todas las cosas civiles, así para la ciudad, como para el Exarcado.

Muerto Pepino, Astolfo, en vista de que las tropas francesas habian evacuado la Italia, trató de recobrar aquellos territorios; pero fue vencido y derrotado por Carlomagno, el cual le destronó, y quitándole todos sus dominios tomó para sí el título de rey de Italia. Este Príncipe, hijo y digno sucesor de Pepino, que tuvo la delicadeza de no entrar en Roma sin pedir antes autorizacion al Papa, ratificó la donacion he-

cha por su padre, y aun añadió algunas provincias á los Estados romanos. La donacion de Pepino y Carlomagno, reconocida despues por los emperadores griegos, tan necesaria y conveniente al mundo cristiano, fue depositada con las llaves de Roma en el sepulcro de san Pedro el dia de Navidad del año 800.

Aunque no se tenga en cuenta que antes de estas donaciones, que en parte eran *restituciones*, los Papas fueron príncipes de hecho, resulta que tienen un título de soberanía el mas antiguo de Europa.

Queda, pues, demostrado de qué manera tan legítima vino el Pontífice á ser rey hace mas de mil años.

Á pesar de esto, se ha venido exclamando en todos los tonos: «El gobierno sacerdotal de Roma no está en armonía con el espíritu de la época, toda vez que no marcha con el espíritu del siglo, perjudicando á sus pueblos que, léjos de adelantar, retrasan en el camino de la civilizacion. Por otra parte, añaden, al carácter sagrado del Papa no le está bien el castigar. El ministro del Evangelio que perdona, no puede ser el ministro de la ley que sentencia.» En cuanto á lo primero, dirémos tan solamente que es necesario, ó desconocer por completo la historia, ó estar guiado de mala fe para suponer á la Santa Sede en lucha con la civilizacion. ¿Qué seria de la civilizacion si el Pontificado no la hubiese protegido? ¿Dónde, como en Roma, las bellas artes han florecido? La cúpula del Vaticano, obra del genio inmortal de Miguel Ángel, y los grandes y mágníficos museos que son ornatos de la Ciudad eterna, dan un solemne mentís á los que propalan, por odio al gobierno sacerdotal, que es la rémora del progreso. ¿Será necesario que nos detengamos en aducir pruebas sobre la necesidad del principado civil del Sumo Pontífice? Ya hemos citado unas notables palabras del angélico Pio IX, y ahora consignarémos con placer la declaracion hecha en un documento de fecha muy reciente por el mismo Soberano Pontífice, en la encíclica que irá inserta en el lugar correspondiente de esta obra, á saber: «Que el principado «civil de la Santa Sede ha sido otorgado al Pontífice romano por un especial designio «de la divina Providencia, y que es necesario para que este mismo Pontífice, no es- «tando nunca sometido á ningun príncipe ó poder civil, pueda ejercer con libertad «absoluta en toda la Iglesia la suprema mision de apacentar y gobernar á toda la grey «del Señor y la autoridad que ha recibido de Nuestro Señor JESUCRISTO, y proveer al «mayor bien de la Iglesia, á su utilidad y á sus necesidades.» Con la civilizacion que no transigirá nunca la Santa Sede es con la que llevando tal nombre no es otra cosa que un sistema combinado á propósito para enflaquecer, y tal vez para destruir á la Iglesia de JESUCRISTO, como manifestó claramente el Santo Padre en la alocucion pronunciada en el Consistorio secreto de 18 de marzo de 1861.

En cuanto á la segunda parte de la objecion presentada, solo aquí dirémos, porque estas cuestiones han de ser tratadas con detenimiento en el cuerpo de nuestra obra, que el Sumo Pontífice es en la tierra el representante de la justicia, y que verdaderas manifestaciones de la misma justicia son los actos de premiar y de castigar. «El castigo justo, ha dicho un ilustre escritor antes citado, no es un mal que se im-

pone á determinados individuos; esto es mirarlo bajo su aspecto material, mezquino y odioso; el castigo justo es un bien que se hace á la sociedad. El hombre del Evangelio puede prestar ese bien, y si dejara de prestarlo á sabiendas, dejaria de ser el hombre del Evangelio (1).

Á vista del estado lamentable que hoy presenta la Europa, merced á las invasiones de una política desenfrenada que prescinde de Dios y que aun le niega; á vista de los grandes desastres por que acaba de pasar la nacion primogénita de la Iglesia, esa Francia cuyas desdichas excitan en alto grado la compasion de nuestra alma cristiana; de los males de nuestra amada patria que atraviesa un período tan poco favorable para la Iglesia y en la que se hace una activa propaganda de todos los errores; de la impiedad de esa Italia que se ha lanzado á satánicas empresas que han dado por resultado la cautividad de nuestro amado Padre, no podemos menos de recordar los consoladores vaticinios de José de Maistre que poco antes de terminar su carrera escribia: «¡Oh santa Iglesia de Roma! Tus Pontífices serán bien pronto universalmente proclamados agentes supremos de la civilizacion; creadores de la monarquía y de la unidad europeas; conservadores de las ciencias y de las artes; fundadores, protectores natos de la libertad; destructores de la esclavitud; enemigos del despotismo; infatigables sostenedores de la soberanía, bienhechores del género humano.»

Ya vemos la aurora en este dia feliz anunciado por el célebre pensador é ilustre publicista. Los pueblos todos, espantados de las consecuencias que producen las anárquicas doctrinas que vienen siendo objeto de la enseñanza de nuestros modernos reformadores, fijan la vista en Roma; y de aquella cátedra infalible, rodeada hoy de soldados enemigos, esperan el remedio de esa enfermedad mortal, de esa lepra asquerosa de la incredulidad que fomenta el espíritu de rebelion contra las autoridades establecidas, que guia á los hombres por caminos extraviados, hablándoles siempre de derechos y nunca de deberes, y que produce el mas funesto trastorno así en el órden político como en el religioso.

No vamos á hacer la historia del Pontificado católico: si tal fuera nuestro objeto, fácil nos seria demostrar que en el Papado está el punto de salvacion para los naufragos de la inteligencia y del corazon. Fijaríamos la atencion en la edad media, y veríamos á los Pontífices romanos siendo la base y el sosten de la civilizacion y de la libertad civil; los árbitros en las cuestiones suscitadas entre los principes; los siempre dispuestos á dispensar toda clase de bienes á la sociedad, siendo en mil ocasiones mediadores entre los soberanos y los pueblos. Ellos alentaron á las Cruzadas para que emprendiesen sus gloriosas tareas: ellos hicieron cuanto les fue posible para que la Europa fuese libre de la chusma agarena, enemiga del verdadero Dios y de la civilizacion. El mismo Voltaire, cuya autoridad á nadie parecerá sospechosa, confiesa que á Leon IV se debió el que los sarracenos no invadiesen toda la Italia en el siglo IX. Este Pontífice, dice el filósofo, se mostró digno defendiendo á Roma: fortificó la ciu-

(1) Catalina: *Obra citada*.

dad, armó milicias, pareciendo que habia resucitado en él todo el valor de las primeras edades de la república en unos tiempos de cobardía y de corrupcion (1).

Verdad es que los Papas han levantado á veces el juramento de fidelidad de los pueblos á sus soberanos; pero ha sido para hacer mas respetable y digna la soberanía. En cambio, ¿cuánto no han hecho en favor de los monarcas que han merecido la proteccion de la Santa Sede? Gregorio IV en 834 restableció en su trono al rey Luis que habia sido desterrado en Francia. Adriano II protegió en 868 las posesiones de Luis II, que estaba en guerra con los sarracenos, contra Luis rey de Hungría que se habia propuesto apoderarse de ellas. Juan VIII en 870 exhortó á los obispos alemanes á que se sirviesen de su influencia para impedir al rey de Alemania el que se apoderase del reino de Carlos el Calvo, diciendo que no mereceria el nombre de Vicario de JESUCRISTO si no procurase reprimir la ambicion de los principes que querian invadir la propiedad de los otros. Alfonso, rey de Castilla, que habia sido despojado por su hijo Sancho en 1283, recurrió á Martin IV demandándole su proteccion.

Si la civilizacion condena con razon la esclavitud, ese tráfico criminal de vender los hombres, ¿no han sido repetidas las protestas contra tan infame mercancía por la Santa Sede? Paulo II en 1462; Paulo III en 1537; Urbano VIII en 1639 defendieron con energía los derechos de la humanidad desconocidos por los españoles y los portugueses que separaban los hombres de sus mujeres para venderlas con sus hijos. Benedicto XIV en 1741; Pio VII en 1814 y Gregorio XVI en 1840 han fulminado anatemas contra este comercio que reduce á mercancía y pone en servidumbre á la mas noble de las criaturas de Dios.

En cuanto á proteger las ciencias y las artes, ¿quién ha aventajado á la Santa Sede? Y es de advertir que no solamente trabajaron los Papas para engrandecer tan importantes ramos dentro de los Estados de la Iglesia, sino en todas las naciones. En 1364 Urbano V fundó el colegio de San Mateo para estudiantes de medicina, estableciendo al mismo tiempo un número considerable de escuelas para los diferentes ramos del saber humano, honrando con señaladas mercedes á los alumnos que hacian mas rápidos adelantos. Ya antes en 1306 el papa Clemente V habia erigido la universidad de Orleans concediéndole los mismos privilegios que gozaba la de Tolosa. En suma, los pontífices Eugenio IV, Nicolás V, Paulo II, Pio II y Paulo III fundaron unos y engrandecieron otros la mayor parte de las universidades que tanta fama han alcanzado en los diversos países católicos.

Si examinamos el origen de nuestros mas célebres establecimientos científicos, encontraremos los nombres de Pontífices ilustres que los confirmaron ó protegieron, y como quiera que el hacer mencion de todos ellos seria difuso, señalaremos tan solo los mas notables. En 1450 Nicolás V ratificó el privilegio concedido á Barcelona por el rey Alfonso V, para erigir una universidad literaria. En 1474 Sixto IV confirmó un estudio que ya habia en Zaragoza, en el cual se enseñaban artes, siendo despues esta escuela elevada á universidad por el emperador Carlos V con anuencia y confir-

(1) Voltaire: *Essai sur les mœurs*, etc., t. 11, ch. 28.

macion de Paulo IV. En 1505 el papa Julio II confirmó asimismo los privilegios de la universidad de Salamanca y los de Alcalá, fundada en el mismo año por el célebre cardenal Jimenez de Cisneros, establecimiento que llegó á ser famosísimo por los hombres eminentes que produjo en todos los ramos del saber humano.

Empero ¿qué debemos añadir cuando vamos á historiar la vida del gran pontífice Pio IX, que no solo ha reorganizado los estudios de la famosa universidad romana aumentando sus cátedras, sino que ha erigido multitud de establecimientos de instruccion y ha elevado y engrandecido el Observatorio astronómico de Roma, de tal suerte que es reputado hoy por el mejor del mundo? La Exposicion de obras del arte cristiano, que no hace aun dos años celebró en la metrópoli del Catolicismo, es un nuevo testimonio de que la proteccion dispensada á las ciencias la extiende á las artes. ¡Y aun se acusa á la Iglesia de enemiga de la civilizacion!

Sea, pues, que se considere bajo el punto de vista del derecho general, ó el de la dignidad de la Iglesia en particular, ó el de los intereses de la civilizacion, el principado civil de los Papas es acreedor al respeto de la sociedad, á la proteccion de los Gobiernos y al entusiasmo de los pueblos.

Los argumentos en que sus contrarios fundan su política, quedan desvanecidos á la mas leve penetracion del criterio sensato.

¿Triunfará el solio temporal del romano Pontífice sobre los que ciegos unos, y apasionados otros, le combaten, y podemos decir que ya le sujetan?

La esperanza encuentra lugar en el corazon de los creyentes y pensadores.

Precisamente cuando el despotismo ha dejado caer su mano de acero sobre la monarquía pontificia, se ha desvanecido el último resto del pudor en la parte incrédula de la sociedad. Las pasiones han sacudido el manto de la hipocresía, que débilmente ocultaba todo lo siniestro de los intentos, y el mundo ha asistido al espectáculo del horrendo maridaje del crimen y de la incredulidad.

Semejante maridaje aterra á los que conservan alguna solicitud en pro de la moralidad social; el simultáneo ultraje á la soberanía temporal del Papa y á la decencia de las relaciones humanas es una permission de la Providencia divina.

No pocos abren los ojos que tenian cerrados, y empiezan á preguntarse si realmente está en Roma, como los católicos afirman, la clave de la moralidad pública y el apoyo del buen sentido político.

La llamada moral universal queda desvanecida al primer ensayo de la supresion absoluta de la fe; sobre las ruinas del trono pontificio en Roma se levantan los altares de Marte y de Vénus; la tea que incendia sucede á la cruz que atrae y reedifica.

La sociedad, despues de diez y seis siglos de cristianismo, ¿está en el caso de resignarse á ser esclava de la brutalidad y de la tiranía paganas?

No.

Pues entonces la restauracion de los derechos es indispensable; los actuales crímenes aleccionan á la generacion presente.

Pio IX es la víctima destinada á llamar, con la elocuencia de su sacrificio, la misericordia de Dios sobre la tierra.

La historia que vamos á escribir exhibiendo las providenciales circunstancias del Pontífice que rige hoy la Iglesia de Dios, ocupándose de la actitud que ha conservado al través de las complicaciones políticas y sociales; considerando la influencia que ha ejercido y ejerce con la virtud de su alma y de su palabra en el sosten de la civilizacion y del progreso cristiano; comparando la integridad de su carácter con la veleidad de sus adversarios, la lógica de su doctrina con la contradiccion de las teorías que se le oponen, puede contribuir á rectificar el errado juicio que sobre la mision pontificia hubieran concebido algunos, y sin duda contribuirá á encender mas el entusiasmo de los cariñosos hijos del Pontífice, que bendice á los que le maldicen y se esfuerza en salvar eternamente á los que temporalmente trabajan para perderle.

Las tres situaciones del mundo relativas al nacimiento de Pio IX, á su elevacion á la Silla pontificia y á la invasion de su capital, son tan fecundas en hechos é importantes por los personajes eminentes que en todas ellas respectivamente descollaron, que prestan á la filosofia de la historia provechosas consideraciones.

Abarcando la vida de Pio IX parte del pontificado de Pio VI, y los pontificados de Pio VII, Pio VIII, Leon XII y Gregorio XVI, no puede prescindirse de tomar en cuenta el curso de los acontecimientos sociales que se sucedieron bajo aquellos preclaros Pontífices.

El lienzo es, como se ve, extenso, el argumento fecundísimo, laudable el objeto, y simpático á toda alma delicada la santa persona cuya vida y pontificado se trata de describir.

Solo nos falta decir que procuraremos la severidad de los juicios templada con la caridad de las formas; otro estilo no corresponderia á la historia de un Pontífice que al dirigir al cielo su oracion puede decir con especial exactitud como el Profeta: *Acuérdate, Señor, de David, y de toda su mansedumbre.*

Los que no participen de nuestro fervor para la Santa Silla y de nuestro entusiasmo por Pio IX no encontrarán en nuestras páginas una cuchilla que los hiera; la vida de que vamos á ocuparnos es iman que todo lo atrae, porque sus enseñanzas y preceptos vienen de continuo acentuados por la misericordia.

Mas cautivo que soberano, Pio IX tiene título á que el mundo le trate con las consideraciones debidas siempre á una augusta víctima, y con el respeto que especialmente merece el que en la cumbre del Calvario, á que le ha arrastrado la ingratitud de la política extraviada, solo piensa

En pedir perdon por los que ultrajándole no saben lo que hacen:

En ofrecer el paraíso de la paz á los usurpadores, arrepentidos de sus crímenes:

En proporcionar á la sociedad huérfana por sus sentimientos de independenciam el regazo de una madre tan buena como la Iglesia:

En suplicar á Dios cese el aparente desamparo en que permite se halle sumergida la Iglesia que preside:

En enardecer la sed inmensa de la salvacion de los pueblos:

En demostrar como los decretos de la Providencia y los anuncios de sus escogidos se van consumando:

Y en ofrecer su espíritu en manos del eterno Padre, único poder en el que confia y espera.

Todos los sentimientos de Pío IX se reducen á una de estas siete expresiones, modeladas por el Redentor desde la cruz, que es á los ojos de los que creemos la mas gloriosa de las sillas pontificias.

Mucho atrevimiento es el nuestro, que sin embargo viene disculpado por el noble impulso que lo engendra, que es el de la admiracion filial por las grandezas de aquel á quien la verdadera cristiandad llama con razon *Padre Santo*.

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO.

CAPÍTULO I.

SITUACION DEL MUNDO AL NACER PIO IX.

Dos acontecimientos de incomparables resultados habian tenido lugar en el período señalado por la divina Providencia para venir al mundo el distinguido infante que debia regirlo y guiarlo por la senda de la fe y de la civilizacion verdadera, que en ella se apoya.

La emancipacion de los Estados-Unidos de América y su constitucion en una forma política hasta entonces no ensayada en la sorprendente escala en que aquel país la planteó, al paso que ofreció á las muchedumbres emigrantes de Europa anchuroso campo á la experiencia de teorías no todas fecundas en moralidad, sembró en los pueblos europeos, harto fatigados de las agitaciones sociales, esperanzas de radicales y peligrosas reformas que no tardaron á formularse en desastrosos proyectos.

La revolucion francesa del año 1789 fue el eco de la emancipacion americana; pero, si la formacion del pueblo de los Estados-Unidos no encontró instituciones históricas que combatir, y solo un caos que organizar y vivificar, no así la revolucion en Europa, que habiendo sido el centro de la floreciente civilizacion en los gloriosos dias del Cristianismo, tenia formadas las costumbres y levantadas las instituciones, á cuya sombra se desarrollaron admirablemente los gérmenes de prosperidad que encierra siempre la fe y la virtud, y que ha hecho incomparable á la civilizacion europea.

No nos incumbe en este lugar emitir nuestro juicio sobre la manera con que ciertas instituciones anteriores á la revolucion francesa cumplieron la mision delicada é importante que el cielo les confiara; ni medir la extension del terreno que se desviaran del camino de la rectitud y de la justicia. Bástanos consignar que, á pesar de las infidelidades de algunas naciones, la Iglesia católica permanecia considerada y respetada por la mayoría de los pueblos, quienes poseian en ella una garantía sólida de proteccion en todo lo que tendiera á mejorar realmente la economia social.

Tenia Europa sentada la base de toda grandeza; partiendo de la cual, no